

AGENDA CIUDADANA

DEL NACIONALISMO MEXICANO Y SUS VAIVENES

Lorenzo Meyer

El Fracaso del Proyecto Nacionalista.- En la introducción de su último libro, *La Diplomacia*, (México, Fondo de Cultura, 1995), Henry Kissinger advierte que el naciente orden mundial se caracteriza, entre otras cosas, por el resurgimiento de los nacionalismos. Si este es el caso --y evidentemente lo es--, entonces resulta que hoy México navega a contracorriente. En efecto, en el último decenio lo que ha ocurrido en nuestro país es precisamente lo contrario: el desmantelamiento de uno de los nacionalismos más antiguos en el mundo periférico.

El nacionalismo que hoy dejó de tener vigencia, surgió de una gran explosión revolucionaria pero no acabó cuando esa revolución concluyó, hace medio siglo. En efecto, la idea nacionalista continuó como justificación del proyecto nacional, del modelo económico postrevolucionario que operó entre 1945 y 1985. Cuando finalmente ese modelo quedó cancelado, ambos, modelo y nacionalismo, fueron desechados sin mayor ceremonia por una nueva generación de la élite política. Ahora bien, si alguien consideró que el vacío que dejaba el nacionalismo postrevolucionario se podía llenar fácilmente con la ideología antinacionalista encarnada en el Tratado de Libre Comercio (TLC), se equivocó, pues el nuevo modelo empezó a fallar apenas recién estrenado y, por ahora, lo único claro es que al vacío dejado por la desaparición del nacionalismo no lo llenado nada.

Pero ¿de qué estamos hablando?, ¿qué es el nacionalismo?. No hay una sola definición de fenómeno tan complejo y lleno de

¡Error
!
Marca
dor no
defini
do.

particularidades históricas, pero hace años Hans Kohn le identificó con la voluntad colectiva que hace del Estado nacional --en este caso el mexicano-- la forma de organización política adecuada para lograr el bienestar material de la colectividad y ser la gran fuente de creación cultural (*Historia del nacionalismo*, Fondo de Cultura, 1949). En época más reciente, John Brevilly, advierte que todo nacionalismo real esta montado en este trípode: a) la idea de una nación con un carácter único y distintivo, b) la prioridad de los valores e intereses de esa nación sobre muchos otros, y c) la voluntad de formar una nación tan independiente como sea posible (*Nationalism and the State*, University of Chicago Press, 1993, p.2). En cualquier caso, el nacionalismo siempre es una idea surgida de la élite que, para tener éxito, debe llegar a ser aceptada por el resto de la sociedad, incluidas las clases mayoritarias.

Hasta mediados de los ochenta, el nacionalismo era parte integral, indispensable y aparentemente insustituible de la ideología oficial mexicana. El punto de vista dominante hasta entonces era que el nacionalismo constituía el vínculo esencial del consenso político mexicano, y que éste, a su vez, era elemento fundamental para la estabilidad, la cual era el marco indispensable para el desarrollo económico; por tanto, una política que alimentara el nacionalismo fomentaría, en consecuencia, el consenso, la estabilidad y el desarrollo (Mario Ojeda, Alcances y límites de la política exterior mexicana, 2a. ed., México: El Colegio de México, 1984, p. 169). Sin embargo,

¡Error
!
Marca
dor no
defini
do.

la gran crisis de 1982 obligó a la dirigencia a pensar lo impensable: a remover al nacionalismo del centro de la ideología oficial y poner en su lugar una visión que, de tan diferente, resultó la opuesta: la de la globalización y la modernización entendida como sinónimo de la integración de México --integración subordinada, dada la enorme diferencia de poder-- a la economía del poderoso vecino del norte. Se afirmó entonces que esa era la única alternativa viable dado el fracaso del modelo económico anterior; un modelo que en nombre del nacionalismo había cobijado y tolerado un sinnúmero de corruptelas y abusos pero, sobre todo, había disfrazado de patriotismo la ineficiencia de empresas públicas y privadas incapaces de competir en el mercado mundial, único mercado que podía sacar a México de la mediocridad económica en que había caído.

El Antinacionalismo Como Solución.- Para los tecnócratas que en los ochenta tomaron por asalto la presidencia mexicana, la solución de fondo al problema del país --y la clave para que ellos mantuvieran por muchos años el control de la institución central del sistema político-- era lograr el ingreso masivo, sin precedente, de capital externo a México. Y ese capital sólo llegaría si se procedía a privatizar el sector estatal y a echar abajo las disposiciones que protegían al capital nacional --público y privado-- de la competencia externa. El primer paso se dio en 1987 cuando México aceptó aquello que en medio de la euforia petrolera había rechazado apenas el sexenio anterior: ingresar al Acuerdo General de

¡Error
!
Marca
dor no
defini
do.

Aranceles y Tarifas (GATT). Pero sólo habían corrido tres años de ello cuando se dio un paso aún más audaz: la histórica negociación entre México y Estados Unidos de un tratado de libre comercio (TLC) al que poco después se uniría el Canadá. En 1993 ese acuerdo era ya una realidad. En un verdadero *blitzkrieg* político el nuevo grupo logró imponer al resto de la sociedad mexicana su ideología antinacionalista y, según las encuestas de esos años, la opinión pública pareció apoyar un cambio de orientación política frente a Estados Unidos que se podía resumir así: de la independencia relativa a la integración máxima posible.

A partir de 1993 el objetivo del esfuerzo nacional ya no sería la construcción y consolidación de una independencia económica relativa frente a Estados Unidos, sino lo opuesto: la integración de México a la economía de ese país, la mayor potencia mundial y que hasta mediados de los años ochenta había sido el "enemigo externo" implícito del nacionalismo que acababa de descartarse. En Estados Unidos, quienes apoyaron la idea del TLC --también hubo opositores que hoy han vuelto a cobrar fuerza-- vieron en Carlos Salinas al único líder mexicano con el valor suficiente para romper definitivamente con la vieja retórica antinorteamericana, y lo celebraron como el abanderado de esa cultura política del libre comercio que debería imperar en todos los países subdesarrollados, tal y como Estados Unidos lo venía demandando de mucho tiempo atrás (Krugman, Paul, "The Uncomfortable Truth About Nafta, It's Foreign Policy, Stupid", en Foreign Affairs, V. 72, N° 5, 1993, p.18).

¡Error
!
Marca
dor no
defini
do.

La celebración del triunfo de los antinacionalistas resultó relativamente corta, pues de inmediato los problemas se empezaron a acumular. De entrada, en enero de 1994, estalló el levantamiento armado indígena en Chiapas que, entre otras cosas, reivindicaba el nacionalismo, pero no el que acababa de morir sino el original, el que había sido producto directo de una gran revolución social. Un año después, cuando la débil recuperación de la economía atribuida al TLC se convirtió en "la peor caída del Producto Interno Bruto (PIB) desde la época de Pascual Ortiz Rubio" y la deuda externa pública y privada alcanzaba la increíble suma de 170 mil millones de dólares, la visión globalizadora y antinacionalista de la élite tecnocrática se quedó sin su sustento legitimador: la efectividad económica.

Lo que se Pretendió Ser y lo que se Es.- La gran promesa detrás de la adopción de la ideología de la globalización y la integración, era llevar en unos cuantos años a la sociedad mexicana a ese sitio a donde el nacionalismo no pudo llevarla: al primer mundo por la vía del enganche al tren económico de la gran potencia del norte. Sin embargo, la crisis económica actual mostró de manera descarnada que no hay forma de que en el futuro previsible México abandone su carácter de economía subdesarrollada. Por otra parte, la actual campaña electoral en Estados Unidos ha introducido "el factor mexicano" como un elemento más en la disputa política. Hoy, ningún candidato a la presidencia norteamericana puede darse el lujo de ser positivo y benigno frente a un país que requiere de fuertes

¡Error!
Marca
dor no
defini
do.

préstamos para no caer en moratoria, que es fuente de la mayor ola de inmigrantes indocumentados y que sirve de puerto de entrada a cantidades creciente de narcóticos. Es más, el grupo político mexicano portaestandarte de la integración con el norte --el salinista-- aparece hoy a ojos de la opinión pública norteamericana como particularmente corrupto e inepto. Es por ello que el liderazgo político norteamericano ya no parece dispuesto, como en la época de George Bush o inicios de la de William Clinton, a dar la bienvenida a México como nuevo socio en la ampliación del espacio geográfico de la "Civilización de la América del Norte".

La ideología mexicana que abandonó el nacionalismo a cambio de adoptar la visión norteamericana del mundo, hoy se encuentra con un gran vacío y un problema igualmente grande. En efecto, el rechazo al nacionalismo por parte de los líderes mexicanos no se ha traducido en lo que ellos esperaban: en la genuina aceptación de México por parte de Estados Unidos. La confusión en que hoy se mueve la clase política mexicana es enorme, pues por un lado ya no es lo que fue, pero por otro tampoco pudo llegar a ser lo que se propuso: socio privilegiado de las élites norteamericanas.

A estas alturas es más o menos claro que en el futuro previsible México no va a abandonar su condición tercermundista. Es igualmente evidente que en Estados Unidos hay fuerzas importantes que de plano rechazan la incorporación de México a su economía y forma de vida. Por tanto, a lo más que los gobernantes mexicanos pueden aspirar en los próximos años en

¡Error!
Marca
dor no
defini
do.

materia de política externa, es a redefinir los términos del acuerdo con Estados Unidos y, en lo interno, a recuperar el terreno que se perdió en materia económica, es decir, a llegar en el año 2000 a donde estábamos en 1982. Ahora bien, esto, como proyecto y sustituto de la promesa nacionalista, es por decir lo menos, muy pobre y ridículo.

El Nacionalismo como Posibilidad.- El nacionalismo postrevolucionario es ya irrecuperable, entre otras cosas porque sus resultados fueron tan contradictorios que pocos querrán revivirlo. Pero, por otra parte el nacionalismo original, el revolucionario, fue producto de una larga y muy peculiar experiencia histórica que sigue disponible. En efecto, ese nacionalismo surgió tras una experiencia secular de conflicto con varios imperialismos --el español, el británico, el francés y, desde luego, el norteamericano--, experiencia que hoy forma parte del suelo y subsuelo en el que se asienta la sociedad mexicana. En condiciones adecuadas, ese pasado histórico puede ser recuperado de manera constructiva y convertirse, de nuevo, en fuente de energía política y consenso.

El nacionalismo de la Revolución Mexicana no fue sino la cristalización de un proceso muy largo, cuyas raíces se encuentran en la época colonial, lo mismo en el guadalupanismo que en el orgullo criollo. Por buenas y malas razones, cuando ese nacionalismo se desarrolló entre 1910 a 1940, sólo excepcionalmente lo hizo como xenofobia y agresividad, pues el grueso de su energía se concentró menos en destruir la presencia extranjera y más, mucho más, en valorar la independencia

**¡Error
!
Marca
dor no
defini
do.**

nacional y en construir una imagen positiva de México y los mexicanos, lo mismo de su pasado que de su futuro, un futuro que incluía, como parte medular, la realización de la justicia histórica: la social.

En un futuro más cercano que lejano, es posible que exista la fuerza política con capacidad y voluntad suficientes para volver a darle sentido al nacionalismo mexicano.